

Título: El carril correcto

Pseudónimo: Mía.

Cada día, a las 8:37, la farola parpadeaba.

Justo al pasar con la bici por el tramo de carril que bordea la estación de San Juan Bajo, Lucía sentía cómo se le erizaban los brazos. Era siempre la misma hora, el mismo semáforo, la misma curva del Aljarafe. Y la misma chica.

La primera vez que la vio pensó que era una ilusión: camiseta azul, moño alto, auriculares enormes. Pero al tercer lunes, y al cuarto, y al quinto, supo que no era casualidad. Aquella ciclista también recorría la misma ruta, pero en dirección contraria. Se miraban medio segundo. Y ya.

Lucía —que repartía pedidos en bici entre San Juan y el centro de Sevilla— empezó a hacer cálculos. Modificó su velocidad. Llegó antes. Llegó después. Pero la chica siempre aparecía cuando pasaba junto a la farola. Y la farola parpadeaba.

Al principio pensó que era un fallo eléctrico. Luego una coincidencia. Después, una especie de código. Como si el barrio entero estuviera intentando decirle algo. O empujarla.

Empezó a escribir en un cuaderno:

Día 12. 8:37. Luz parpadea. Ella también.

Día 16. Me sonrío. No sé si por mí o por algo que escucha.

Día 20. Me cruzo antes. La farola no parpadea.

Conclusión: no es la hora. Es ella.

Lucía ideó una pequeña trampa. El lunes 24, al acercarse al tramo, frenó. Esperó agazapada en el cruce. Y cuando la vio venir, pedaleó a toda velocidad para coincidir con ella bajo la farola. Esta vez no parpadeó. Pero la chica sí.

—¿También estás esperando que se encienda? —le preguntó sin dejar de pedalear.

Lucía casi se cae de la bici.

—¿Cómo...?

—La farola. Hace días que intento entender por qué brilla justo cuando paso. Creía que era solo conmigo.

Pedalearon juntas unos metros. Luego más. El reparto podía esperar.

—Me llamo Irene —dijo la chica—. Y creo que la ciudad está jugando con nosotras.

Lucía sonrió.

Desde aquel día, la farola dejó de parpadear.

Pero ellas no dejaron de cruzarse.

Primero fue un café en Triana. Luego un desayuno compartido en el parque de los Príncipes. Más adelante, una cita improvisada en El Cercanías hasta Utrera: sin bicis, sin cascos, solo ellas y las vías.

—¿Y si todo empezó porque las dos pedaleábamos por el mismo lado de la ciudad, sin saberlo? —preguntó Irene, apoyada en su hombro.

Lucía la miró y pensó que sí.

Quizá el destino no sea más que una red de trayectos.

Y a veces, basta con subirse al carril correcto.